

Se publica todos los domingos
al precio de una peseta el trimestre.
Pago anticipado.
Número suelto 10 céntimos.

EL PUEBLO

La correspondencia y canje
al Director de este periódico, tanto para
asuntos de redacción
como de administración.

PERIÓDICO REPUBLICANO DEMOCRÁTICO

Recuerdo glorioso

Del hermoso libro del ilustre Alarcón, titulado *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, copiamos lo siguiente que se refiere á la memorable batalla de los Castillejos.

«Llega, en fin, el regimiento de Córdoba... El conde de Reus le manda soltar en tierra sus mochilas, deja un batallón en reserva, pónese á la cabeza del otro, y avanza á contener la avalancha de enemigos que amenaza sepultar bajo su mole los restos del regimiento del Príncipe.

¡Inútiles esfuerzos! ¡Qué son quinientos hombres más, cuando se trata de resistir á miles y miles de bestias feroces que se descuelgan de las cumbres de la montaña, y van y vienen, y se presentan por todos lados, y se refugian en laderas inaccesibles y saltan por entre la maleza como jabalíes acosados?

El batallón de Córdoba cedió también ante las huestes africanas sin serle dado avanzar una línea de terreno. El que lo intentaba, moría... Los jefes y oficiales, puestos á la cabeza de sus tropas, pugnaban por arrastrarlas en pos de sí... Pero al primer paso caían atravesados por las balas enemigas, y su heroico denuedo servía solamente para demostrar más y más la inutilidad de la resistencia.

Yo vi á Prim en aquel supremo instante, pues me encontraba allí en compañía del valeroso é inspirado Vallejo, con quien había subido desde el Morabito á fin de contemplar el campamento moro; y en verdad te digo, que tanto él como yo nos entusiasmos mucho más con la sublime actitud del conde de Reus que con la vista de las tiendas africanas.

Es menester conocer á aquel hijo de la guerra, á aquel fiero catalán, á aquel ardiente soldado, para imaginarlo en tan crítica situación. Estaba pálido y casi verdoso; sus ojos lanzaban rayos, su boca contraída dejaba escapar una especie de rugido, que lo mismo parecía un lamento que una histérica carejada. Hallábase al frente de los de Córdoba, delante de todos, con el caballo vuelto hacia ellos, con la espada desnuda, retorcido el musculoso cuerpo bajo el anchuroso uniforme, tranquilo y arrebatado á un mismo tiempo su corazón, como debe de estarlo el del hombre que va á atentar contra su vida.

Ya lo había apurado todo, arengas, amenazas, órdenes, palabras de camarada y de amigo. Por segunda vez había intentado aquella arremetida dificultosa y por segunda vez el regimiento de Córdoba se había estrellado contra una bocanada de viento cuajado de mortífero plomo.

Y el enemigo avanzaba entre tanto... y las posiciones conquistadas á precio de tanta sangre española iban á quedar por suyas... Y el equipo de aquellos dos batallones caería en poder de los marroquíes... Y España sería vencida por vez primera en el africano continente.

¡Oh! no; esto no podía ser: los leones de Castilla harán un esfuerzo desesperado: el corazón de nuestros valientes responderá al acento supremo del patriotismo.

El conde de Reus ve ondear ante sus ojos el estandarte de España, que conduce un abanderado de Córdoba. El semblante del general se ilumina con el fuego de una súbita inspiración. Lánzase sobre la bandera, cógela en sus manos, tremólala en torno suyo como si quisiese identificarse con ella, y rigiendo su caballo hacia las balas enemigas, y volviendo la cabeza á los batallones que deja atrás, exclama con tremebundo acento:

—¡Soldados! Vosotros podeis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, porque es de la patria. Yo voy á meterme con ella en las filas enemigas... ¿Permitireis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejareis morir solo á vuestro general? Soldados... ¡Viva la reina!

Dice, y da espuela á su caballo, y sin reparar en si va solo ó le sigue la infantería, cierra contra las huestes contrarias, con la bandera amarilla y roja desplegada al viento, suspendiendo por un instante la furia de los marroquíes, que contemplan asombrados tan grandiosa é impávida figura.

Los batallones de Córdoba no han sido sordos á aquella voz irresistible. ¡Viva nuestro general! gritan vigorosamente y se abalanzan en pos suyo sobre los moros, y arrostran una muerte segura, y caen cadáveres sobre cadáveres, y siguen arremetiendo, y las bayonetas se cruzan con las gúntas, y mézclase la sangre infiel con la cristiana, y la victoria ciérnese indecisa sobre los revueltos combatientes.

Las cornetas siguen tocando ataque; los marroquíes asordan el espacio con sus gritos; el arma blanca y la de fuego juegan indistintamente; el humo se hace tan denso que no permite distinguir al amigo del adversario: pero la bandera española reluce siempre sobre la tormenta, y siempre en manos de nuestro afortunado caudillo. Afortunado, ¡sí! ¡Las balas que silban y cruzan á su alrededor, que siembran la muerte por todos lados, que hieren á sus ayudantes, que alcanzan á su caballo, respetan la vida de aquel soldado vestido de general, de aquel que es el alma de la lucha, de aquel que sobresale entre todos y ostenta en su mano nuestra adorada y venerable enseña! Diríase que está dotado de la virtud de Aquiles.

¡Ah! En momentos como éste, ¿quién resiste, quién ha resistido nunca el ímpetu español? Aunque tan superiores en número, los marroquíes, que habían empezado por detenerse ante aquellos mil hombres, resueltos todos á morir ó á vencer, concluyeron por aterrarse, por abandonarnos armas, cadáveres y prisioneros, por apelar á la fuga, y por desaparecer de nuevo en las fragosidades del monte.»

Los penados de Melilla y la guerra

Recuerdos históricos

Creada la llamada compañía de las Estacadas para guarnecer y defender las que se construían en el campo exterior, hubo época en que el mismo gobernador de la plaza tuvo que pasar lista de la mañana, por falta de oficiales, y sucedió lo que sigue:

«A la lista faltó uno de los confinados, y preguntando la causa el gobernador, se le comunicó la noticia de que había quedado cadáver en el campo moro la noche anterior, al regresar de una de las excursiones que hacían para sorprender á los moros en sus ataques, presentándole en cambio del cadáver del cristiano las cabezas de cuatro moros. Pero no se satisfizo con esto, y desenvainando la espada y mandando ¡firmes! apartó de las filas á su ordenanza, y rasgando una hoja de su cartera escribió en ella una orden para el ayudante del penal y se la entregó dándole quince minutos para traer la contestación. No se hizo esperar, y poniéndose delante de la partida de las Estacadas, dijo á sus individuos:

—A los cobardes se les afeita medio bigote; así, rompan filas, y ahora mismo os afeitarán dejándoos solo la mitad del bigote, y así continuareis hasta que vuestros méritos os hagan acreedores á llevar entero el bigote de los hombres.

Ninguno debeis volver vivo dejando un compañero en el campo; sois unos cobardes.

En el mismo momento un ayudante del gobernador llegó con la noticia de que había sido reforzada la guardia del campo, pues se habían contado sobre unos 600 hombres procedentes de la kábila de Mazuze que entraban en el cuartel de Santiago, añadiendo que al confinado que la noche anterior se quedó en el campo, le tenían los moros abierto como un bacalao y colgado en lo alto del monte de San Lorenzo en unos pitones altos, especie de horca que habían levantado.

Con esta noticia no hubo remedio; no sirvieron los ruegos del jefe que mandaba la partida; el medio bigote se les afeitó á todos. Pero cuando se retiraba el gobernador con su ayudante y ordenanza, se le presentó una comisión de cuatro individuos de la partida solicitando el permiso para traer desde el campo el cadáver de su compañero.

El gobernador les oyó y les dijo:

—Si está aquí dentro de dos horas el cadáver de ese desgraciado, os perdonaré dejándoos crecer lo que os falta de bigote.

—Pues no se vaya V. S., que pronto estará aquí.

En el campo había más de 800 moros alrededor del cadáver; unos le contemplaban sonrientes, otros, los muchachos, le tiraban piedras. Los moros viejos hablaban con los otros, según el movimiento y acciones que se les veía hacer y que se observaba del vigia de tierra

con el magnífico anteojo que entonces había.

Los confinados de la partida de la estacada, además de las armas de reglamento, entonces fusil de chispas con bayoneta, tenían trabucos bocachas de bronce y todas las demás armas blancas que habían quitado á los moros.

Aquel día se armaron 50 hombres con los trabucos y bocachas cargándolas antes de salir con tiro y medio de pólvora y cuatro balas partidas por la mitad, y otros 45 hombres con fusiles cargados también y calada la bayoneta.

Los moros, que sabían que la partida se componía solo de 100 hombres, al verlos salir al campo á las doce de la mañana muy despacio, el primer movimiento fué de estupor, pero enseguida prepararon las espingardas y unos avanzaron algunos pasos delante de la horca y otros se parapetaron sobre la cresta del ataque, esperando.

El jefe que mandaba la partida mandó á los 50 hombres armados con los trabucos y bocachas que avanzasen, pero tres pasos separados unos de otros y que no hicieran fuego hasta que lo mandase, dejando á retaguardia los 45 que llevaban fusiles con bayoneta.

Así lo hicieron, recibiendo á cien pasos de distancia del sitio donde estaba colgado el cadáver, una descarga cerrada que hizo rodar á siete confinados; entonces mandó hacer fuego el jefe, saliendo de los trabucos 400 medias balas y al mismo tiempo cargar á la bayoneta, dejando aquel sitio sembrado de cadáveres de los moros y huyendo los demás.

Cuando á la hora y media se conducía á Melilla el cadáver del confinado colgado y los palos de la horca juntamente con el de otros, dos confinados que de la primera descarga habían caído, pues los otros cinco estaban solo heridos, el gobernador de la plaza les salió al encuentro y les dijo:—Estoy satisfecho, pero cuidado con otra; no volvais ninguno ó volved todos vivos ó muertos. No quiero que esos caribes se ceben en los cadáveres de los hombres valientes. Dejáos crecer el otro medio bigote, que lo habeis ganado.»

FRANCISCO DE P. ROJAS.

(De las Memorias de un cristiano.)

Dos muertos ilustres

París 17.

Se ha extinguido por consunción en su castillo de La Forest el mariscal de Mac-Mahón, rodeado de su familia.

El entierro del mariscal se aplaza hasta terminados los festejos á la marina rusa.

Será enterrado á expensas del Estado. María, Edmeo, Patricio, Mauricio, conde de Mac-Mahón, duque de Magenta, mariscal de Francia, segundo presidente de la República, nació en Sully (Saona y Loire) el 12 de Junio de 1808. Desciende de irlandeses católicos ennoblecidos nuevamente en Francia.

Salió de la escuela de Saint Cyr como subteniente de Estado Mayor en 1827. Hizo todas las campañas y los ascensos en Argelia hasta 1853, en que dejó el mando de la división de Constantina.

Fué á Crimea y se portó heroicamente mandando el asalto de Malakof; volvió á Argelia á sofocar el levantamiento de las kábilas (1857).

Auxilió á los italianos contra el Austria, mandando el 2.º cuerpo francés que decidió la batalla de Magenta.

Sufrió las primeras derrotas del año 70 y fué herido y prisionero.

Elegido presidente de la República por la coalición monárquica (24 mayo 1873), fué obligado á retirarse por la elección de la enorme mayoría republicana que el país llevó á la Cámara.

Ha vivido los últimos años en retiro absoluto.

**

Paris 17.

En su quinta de Saint-Cloud ha fallecido Gounod.

Ensayaba una *Misa* de Requiem cuando le acometió un ataque de apoplejía, de que ha muerto en pocas horas.

Francisco Carlos Gounod nació en París el 17 de Enero de 1818. Estudió en el Conservatorio, y en 1849 obtuvo el gran premio del Instituto. Empezó en Roma, como ha acabado, cultivando la música religiosa.

En Viena compuso un *Requiem* y una *Misa* «alla Palestrina». Regresó á París, dispuesto para el sacerdocio, lo que no llegó nunca á realizar.

Su primera ópera es «Saffo» (1851); luego triunfó en los coros de *Ulises* de Ponsard. La Opera le representó la «Monja sangrienta» (1854), y el teatro Lírico «El Médido á palos» (1858) hasta la consagración del genio en 1859 con «Fausto».

Vienen sucesivamente «Filemon y Baucis», «La Reina de Saba», «Mireille», «Romeo y Julieta», «Las dos reinas», «Juana de Arco», «Cinq Mars», «Polyeucte» y «El Tributo de Zamora».

Le han hecho popular el «Ave Maria», sobre un preludio de Bach, «La serenata de María Tudor» y sus célebres «Sonatas».

Correspondencias particulares de EL PUEBLO

Barcelona 16 Octubre 1893.

Sr. Director de EL PUEBLO.

Mahón.

Muy señor mío y amigo: El deseo de que conozcan los lectores de su semanario los detalles de la manifestación de protesta contra la conducta de las kábilas y de adhesión á la sagrada causa de la patria, que han celebrado hoy los estudiantes de Barcelona, me ha movido á escribirle la presente que espero se servirá insertar.

A la manifestación verificada esta mañana por los estudiantes puede decirse que se ha unido la ciudad entera, pues los estudiantes se abrieron paso entre la multitud, que aplaudía y contestaba con entusiasmo á los patrióticos vivas que se lanzaban.

Abrieron la marcha de la manifestación tres guardias municipales de á caballo, á los que seguía un numeroso grupo de estudiantes tremolando una bandera nacional.

Detrás iban, seguidas de crecido número de escolares, las banderas de las facultades de Derecho, Medicina y Cien-

cias, la del Instituto, escuelas especiales y otras.

Una banda militar cerraba la marcha.

Al salir de la Plaza de la Universidad la manifestación, se presentó un cabo de voluntarios catalanes, vestido con el uniforme que ostentaban aquellos en la Guerra de Africa.

Los estudiantes recibieron al veterano con vivas y aplausos ruidosos, invitándole una comisión á que ocupara la presidencia, según así lo hizo.

Al pasar por la Rambla de las Flores la manifestación, algunas floristas obsequiaron con ramos á los estudiantes y varias señoritas les saludaban agitando los pañuelos desde los balcones, contestando aquellos con vivas, aplausos y algunos piropos.

El Rector de la Universidad, presenció desde los balcones el desfile, despidiendo á los escolares que le contestaron con vivas y aplausos.

Al llegar á la Rambla de los Estudios se encontraron con el gobernador civil, Sr. Larroca, al cual acompañaba su hijo Emilio, alumno de la facultad de Derecho.

Los estudiantes al pasar por delante del Sr. Larroca inclinaron los estandartes, dando vivas á España y muera á los rifeños.

El gobernador civil dirigió á los manifestantes algunas palabras, felicitándoles por la cordura de que daban pruebas y excitándoles á que continuasen en su actitud.

Luego el Sr. Larroca y su hijo Emilio se agregaron á la comitiva, llegando hasta la estatua del general Prim.

Al pasar los manifestantes por frente a la Capitanía general, el Sr. Martínez Campos ha salido á uno de los balcones dando un «¡Viva España!» que ha sido contestado con indescriptible entusiasmo.

El desfile de la manifestación ante la estatua de Prim ha sido imponente y conmovedor. Los estudiantes, entrelazando las banderas, han formado un extenso círculo rodeando la estatua, jurando en aquellos momentos, imposibles de describir, defender hasta la muerte la integridad de la patria.

Se ha leído también una inspirada poesía original de mi amigo el alumno de la facultad de medicina Sr. Pons Marqués, paisano de V. y colaborador de EL PUEBLO, que, por lo que ha llamado la atención, creo conveniente insertarla. Héla aquí:

¡GUERRA!

A los estudiantes españoles, con motivo de la manifestación celebrada en Barcelona el 16 de Octubre de 1893.

¡A la guerra! La patria nos llama; ofendido el honor nacional, ya tan sólo con sangre rifeña nuestra mancha se puede lavar!

¡A la guerra, españoles, unidos en compacto, grandísimo haz vamos todos, y entienda el rifeño que á la España no puede insultar!

¡Fuera el miedo! Del plomo enemigo no temamos la herida mortal, que la vida sin honra, no es vida... ¡es vergüenza, delirio no más!

¡A la guerra! El clarín con sus sonos hiende el aire, la gente á juntar, y se agite la enseña ofendida por la turba maligna y procaz!

¡A la guerra! Los pechos estallen de sublime entusiasmo y de afán! ¡A la guerra, y hagamos que el mundo como debe, nos llegue á mirar!

¡Estudiantes! Obreros del mundo más hermoso, del mundo moral... ya que sois el orgullo de España, por su honor ¡acudid á pelear!

Vuestros libros trocad por las armas, vuestras plumas, en sables trocad, y eregidos en nobles soldados... ¡cuán hermosos España os verá!

¡Con qué santo, bendito entusiasmo os dirá cuando os mire marchar:

—Dios os guarde, valientes! ¡El cielo victoriosos os vuelva hacia acá!

¡Con qué afán al volver de la guerra,

que, de hijo, debéis de ganar, vuestra patria, que fia en vosotros, de laurel vuestra frente ornará!...

¡Ea, pues, compañeros! Volemos el honor de la patria á lavar, que la vida, sin honra, no es vida... es delirio, vergüenza no más!

¡A la guerra! ¡La patria nos llama! Ofendido el honor nacional, ¿qué nos queda? ¡tan sólo la muerte! ¡Vamos, pues, nuestra vida á salvar!

LORENZO PONS MARQUÉS.
Barcelona.

El orden, durante el acto, ha sido completo.

Los catalanes están contentísimos porque á la manifestación se han agregado y tomado parte las tres autoridades civil, militar y local, cosa que no ha ocurrido en las demás capitales en que se han organizado manifestaciones patrióticas.

Según he leído en *La Vanguardia*, en los corrillos de estudiantes donde se discutía con calor, se dijo que antes de la manifestación un bromista se presentó en la Plaza de la Universidad, tremolando un estandarte en una de cuyas caras se veía el retrato de un moro dibujado con carboncillo.

Los estudiantes al notar la presencia de aquel pendón *sui generis*, prorrumpieron en silbidos y voces de ¡fuera!, arrojándose un jaleo regular.

El estandarte fué apedreado, apoderándose al fin de él, varios escolares que hicieron con la efigie del rifeño un verdadero auto de fé.

En fin, amigo Director, ha sido una manifestación brillante y conmovedora que para describirla por entero no bastarían las columnas de EL PUEBLO, por lo cual termino la presente, ofreciéndome de V. affmo. S. S.

q. s. m. b.

FRANCISCO PIJUAN.

P. D.—Ha llegado procedente de esa el vapor «Menorquín», conduciendo á bordo los corrigendos destinados á Melilla, que se muestran entusiasmados.

Los muelles de bote en bote y la multitud que los llenaba atronaba el aire con sus aclamaciones.—Vale.

Barcelona 18 Octubre 1893.

Sr. Director de EL PUEBLO.

Mahón.

Apreciable amigo: Supongo tendrá en su poder mi carta fecha 16, en la que trataba de la manifestación escolar celebrada en la mañana del mismo día.

El objeto de la presente es darle cuenta de las pruebas oficiales de los vapores de esa ciudad «Menorquín» y «Cámara», pero como me falta tiempo para hacerlo, creo lo mejor recortar la descripción que de las citadas pruebas, publica el *Diario de Barcelona* de hoy.

Aquí vá:

«La empresa de vapores La Menorquina, á la que ha sido adjudicado el servicio del correo entre Barcelona y la isla de Menorca con escala en Alcudia, ha adquirido los vapores «Menorquín» antes «Palma», el «Cámara», de la Compañía Vinuesa, que se denominará «Ciudad de Mahón», y el «Correo de Cartagena».

Con objeto de cumplir uno de los artículos de la contrata, ayer se verificaron las pruebas oficiales de los dos primeros buques, habiéndolas presidido el Excelentísimo señor Comandante de Marina, general D. José Navarro y Fernandez, al que acompañaban el ingeniero afecto á la Comandancia Sr. Rodríguez, el ingeniero de la Maquinista, Terrestre y Marítima Sr. Molinas, y el ayudante de

la Capitanía Sr. Fernandez Caro. La empresa había invitado á gran número de personas, entre las cuales se contaban varias señoras y señoritas, y á los representantes de la prensa periódica.

A las diez de la mañana se hizo á la mar el «Menorquín», que estaba empavesado, y una vez fuera de puntas siguió rumbo al Este y corriendo paralelamente á la costa llegó, á las once y media, á la altura de Vilasar en donde viró en redondo y emprendió su viaje de regreso, habiendo andado un promedio de 11'65 millas, ó sea más de la velocidad exigida en la contrata. El «Menorquín» echó anclas en el mismo sitio que ocupaba antes de las diez, y por medio de una plancha se trasladaron los invitados al «Cámara», en cuyo salón-comedor se sirvió un espléndido almuerzo preparado por el Gran Hotel Continental. Al destaparse el Champagne brindaron por la prosperidad de la nueva Empresa los Sres. Mir, Coria, Umberto, Parpal, Orfila, Rodríguez, general señor Navarro, Fernandez Caro, Roca, marqués de Montroig, Molinas, Escudero, García Gutierrez, segundo jefe de Correos, y últimamente el señor Sturla, presidente de La Menorquina para dar las gracias á los invitados en nombre de la Sociedad. A las cuatro menos cuarto, levó anclas el «Cámara» y se dirigió hacia poniente y después de haber llegado frente á Sitges regresó al puerto ya de noche. El «Cámara», en su viaje de ida y vuelta, alcanzó un promedio de 11'75 millas con un tiempo magnífico y mar llana. Los dos citados vapores tienen aproximadamente la misma cabida y pueden alojar cómodamente en sus espaciosas cámaras 40 pasajeros de primera clase, 44 de segunda y 18 de tercera, pudiéndose aumentar el número de estos últimos utilizando el entrepuente. La Empresa obsequió á las señoras y señoritas con ramos de flores, y así en el almuerzo como en el *lunch* que se sirvió á la caída de la tarde estuvo espléndida con los invitados.»

**

Esta noche se estrenará en el Teatro de Novedades un melodrama en tres actos, original del conocido escritor dramático Sr. M. Martínez Barriónuevo, que lleva por título *¡Dios!*. Personas que han asistido á los ensayos aseguran un éxito.

Aunque reina en ésta completa tranquilidad, continúa la autoridad practicando registros y detenciones, en casa de conocidos anarquistas.

Y no ocurriendo nada más que considero digno de mención, cierro esta carta y me repito de V. affmo. S. S.

FRANCISCO PIJUAN.

LA SEMANA Local

Poquíssimas son las noticias que podemos comunicar á nuestros lectores, pues durante esta semana no ha ocurrido nada digno de mención.

Los periódicos del exterior solo publican noticias de Melilla, que, de reproducirlas, resultarían trasnochadas, porque nuestros colegas locales se han hecho eco de ellas y en las sociedades recreativas se reciben los principales diarios de Madrid y Barcelona.

El Bien Público y *El Liberal*, continúan andando á la greña sobre la cuestión de alumbrado, cuestión que lleva trazas de no terminar por ahora y en la que no queremos entrar porque ya

Recuerdos de Africa

Los encantadores de serpientes

Era en Tetuán, la ciudad blanca, á la hora del crepúsculo de una de estas quietas tardes de mayo de la primavera africana.

Sobre las terrazas, sobre las antiguas cúpulas pequeñas, sobre la reunión de las viejas casitas seculares, se extendía el blanco infinito de la cal; todo estaba cubierto con aquel misterioso sudario.

Lentos paseantes, vestidos con delicados colores, pasaban mirando como en sueños; y sus grandes ojos, negros y magníficos, no parecían ver las cosas de la tierra.

El poniente resplandecía de oro y rosa y en los repliegues de las viejas casas, casi sin forma ó sin edad, las calles azuleaban poco á poco, como nieves á la sombra.

Había allí transeúntes, vestidos de color amarillo de oro, verde pálido ó color de salmón, transeúntes azules y rosa y otros que habían elegido matices aun más raros é indescriptibles: todos graves y magestuosos, caras de bronce y miradas intensamente sombrías.

Aquí y allá espesuras de frescas plantas de primavera, amapolas, resedas, botones de oro, brillaban floridos, plantados al azar sobre los viejos muros y sobre la azulada nieve de los mismos.

Pero el blanco muerto de la cal dominaba á todo, pareciendo alumbrar y devolver la luz, atenuada hacia el profundo cielo dorado, repleto ya de ella.

En ningún sitio existían sombras duras, contornos agudos, ni colores sombríos; sobre esta blancura de todo,

los seres vivientes que se movían lentamente no hacían al pasar más que tintas claras, extrañamente claras, frescas, como de visiones no terrestres; todo estaba dulcificado y fundido en la tranquila luz; no había nada sombrío, más que los grandes ojos soñadores...

De lejos se oía preluir la flauta triste, muy triste, y el tamboril de los encantadores de serpientes.

Los lentos paseantes que hasta entonces marchaban sin rumbo por entre el blanco dédalo, se dirigían poco á poco al mismo punto, respondiendo al llamamiento de la música.

Los encantadores se habían colocado en una amplia encrucijada en la parte más elevada de la ciudad.

Se veía desde allí en las profundidades que azuleaban, sucesiones de líneas blancas casi sin contornos, que eran las terrazas; algo como derrumbamiento de bloques de nieve, que era Tetuán, medio perdido entre los vapores de una tarde de mayo.

Los hombres de luengos trajes hacían círculo al rededor de los encantadores y éstos desnudos y bronceados, cantaban y danzaban agitando su ensortijada cabelleira; danzaban como sus serpientes torciendo su ligero busto al compás de la música de sus flautas.

Y todo era bello, desde el cielo, hasta el más humilde camellero que miraba soñando sin ver.

Y yo permanecí allí, en medio de ellos, no apercibiéndome del pasar del tiempo, embelesado como ellos, entre aquellas figuras inmóviles é ignorantes de las horas que pasaban.

Y estos tamboriles, estas flautas tan tristes, toda esta Africa, ejercía sobre mí su encanto arrullador, tan magnamente como otras veces, en los más

lejanos años de mi juventud...

Verdaderamente este país me canta siempre, en el ritmo más dulce, la canción universal de la muerte.

PIERRE LOTI.

(De la Academia francesa.)

El deber

(ANÉCDOTA)

Hace unos sesenta años divisó de lejos un colono inglés á una numerosa compañía de señores que iban á caza y que se disponían á pasar á caballo por su campo recién sembrado. Dió en seguida orden á su joven criado de correr allí á toda prisa, de cerrar la puerta y de no abrirla por ningún concepto.

No bien había asegurado el joven la barrera, los ginetes se pararon delante de ella, exigiendo se les franquease el paso; pero ni súplicas, ni amenazas pudieron mover al mozo á abrir. Por fin se adelantó el principal de ellos, y dijo:—Oye, hijo: yo soy el duque de Wellington, yo he vencido al emperador Napoleón y no estoy acostumbrado á que se me resista; vas á abrirme ahora mismo...

El joven criado se quitó la gorra y contempló con admiración y respeto al hombre que había domado al insigne conquistador; pero respondió con tono firme:—El duque de Wellington será el último en querer impedir á uno que cumpla con su deber. No abriré... ¿Qué hizo el duque? Levantó igeramente su sombrero y, volviendo grupas, dijo á sus compañeros:—Dadme algunos miles de hombres como este mozo, y me encargo de vencer con ellos, no sólo Francia, sino el mundo entero.

Sin duda alguna el duque conocía el mundo así como las fuerzas y poderes que obtienen triunfos.

Chascarrillos

Un médico desgraciado con sus olientes, ofrece sus servicios al ministro de la Guerra.

—Tenemos un gran personal sanitario.

—Es que yo sólo pido, por amor á la patria, que me dejen ejercer en los riffeños.

—Yo he tumbado dos moros—decía en Melilla un soldado gallego.

—Yo he hecho doce viudas esta tarde—añadía un andaluz.

—¿Doce?

—Sí; tres moros muertos, á cuatro mujeres, hacen doce viudas.

La mezquita cayó derribada á cañonazos.

Y decían los artilleros españoles á los moros:

Lo que es esta noche, Alá duerme en la calle.

J. FERNANDEZ BREMÓN.

Pasatiempos

Solución á la charada del número anterior

TALENTO

Imprenta de Bernardo Fábregues

San José, 69

DESPACHO: Calle Nueva, 25



EL CURA DE VIVELoup

Viveloup es una aldea de un centenar de habitantes, perdida en pleno bosque, á la margen izquierda de un riachuelo que, después de varias revueltas, se precipita en el Ource.

Inmensos árboles rodean el caserío, y establecen tres leguas de soledad entre él y el pueblo más inmediato.

Entre las miserables casuchas de la aldea sobresale el campanario de la iglesia y á corta distancia se vé la casa del cura, con su parda fachada, por la que trepa una parra, cuyas uvas no maturan jamás.

49

DE EL PUEBLO

de Camilo y atreró al ex-presidario, gritando:—¡Estamos perdidos!—gritaron á una y rápidos; como el rayo huyeron por la escalerilla sin tropezar con alma viviente. Si supiera lo que les pasaba, Camilo y el presidiario salieron de la huerta, y repletos un poco de su espanto, al ver que nadie los había sorprendido, dieron la vuelta hacia la calle para enterarse de lo que pasaba.

Las gentes iban y venían sin orden ni concierto; pero entre sus gritos se distinguía perfectamente una palabra arradora: la palabra fuego. Camilo tendió la vista por la calle, abajo y xió una columna de humo y una llama que lamía los aleros de un tejado. Todos los gritos que se habían lanzado hasta entonces parecieron nada en comparación de los dos que lanzó Camilo al comprender lo horrible del suceso. —¡Mi casa! ¡mi hijo! ¡exclamó; y como un loco, salió en un instante á distancia que le separaba de su casa.

DE EL PUEBLO

53

La parroquia es muy pobre; las tierras no están todas cultivadas, y los habitantes se ganan miserablemente la vida trabajando en el bosque.

Separados del resto del mundo por la espesura del arbolado, los moradores de Viveloup son gentes primitivas, que viven casi ajenas á la civilización moderna.

Solo el peatón visita, dos veces á la semana la aldea, para llevar algunas circulares oficiales para el alcalde ó para el cura, y raras veces una que otra carta.

Las noticias de fuera llegan á Viveloup tan de tarde en tarde, que cuando se difunden por la aldea tienen ya el carácter de leyendas.

Un domingo por la mañana, á fines del verano, atraído por la belleza del paisaje, me perdí en el bosque, y á las diez me encontré en Viveloup, muerto de hambre.

Todas las casas estaban cerradas y en